

Medio	REVISTA MENSAJE
Fecha	13/07/2016
Mención	El aporte cristiano de la universidad a la sociedad plural. Habla Fernando Montes SJ, ex rector UAH.

El aporte cristiano de la universidad a la sociedad plural

Fernando Montes S.J.
Ex rector Universidad Alberto Hurtado

Una reflexión sobre el rol de las instituciones de educación de inspiración católica debe ser parte de nuestras preocupaciones cuando el país busca una nueva reforma universitaria.

En tiempos en que se relanza en nuestro país el debate sobre la educación superior y sobre la institucionalidad del sistema universitario, quienes, vinculados a la Iglesia, trabajamos en esa área debemos cuestionarnos por el rol que estamos cumpliendo en la sociedad actual y por el servicio que prestamos. Es oportuno hacerlo, cuando estamos desafiados por renovadas exigencias éticas y sociales, que se suman a condicionantes legales y políticos en evolución.

Al abordar este tema, no puedo abstraerme de la experiencia vivida al contribuir a fundar hace ya casi 19 años la Universidad Alberto Hurtado. En ese momento nos propusimos crear una institución que, conforme a la tradición jesuita, fuese académicamente seria, con orientación humanista, respetuosa y pluralista, con sensibilidad social y solidez ética, encarnando así los sueños del padre Alberto Hurtado. En los años siguientes, hicimos una reflexión sobre el rol público de nuestra universidad, que concebíamos como una institución al servicio del país, con una visión de bien común y una especial atención a quienes son injustamente marginados. Pensábamos que puede definirse el carácter público de una institución a partir de aquellos a quienes sirve y no solo de quienes la controlan. Una universidad católica debe ser pública aunque no sea estatal. Más tarde, dimos un paso más, preguntándonos con angustia "y el hombre, ¿dónde está?". Insistimos en la idea de contribuir a refundar el humanismo como un aspecto esencial de nuestro existir.

Hoy permanecen vigentes todas esas inquietudes, reforzando la importancia de otra dimensión que otorga un particular sentido y hondura a nuestra misión educativa y formadora: el desafío de cumplir a cabalidad lo que significa la catolicidad que nos es propia como una universidad ligada a la Compañía de Jesús. Existen varios documentos sobre el tema, entre ellos la constitución apostólica *Ex Corde Ecclesiae* (agosto de 1990), pero no está demás profundizar y actualizar esa reflexión.

LO SUSTANTIVO: SER UNIVERSIDAD

En la tradición jesuita se nos recuerda a menudo que nuestras universidades son, como sustantivo, "universidad" y que, como adjetivo, "son jesuitas y católicas".

Por eso, si pretendemos ser una universidad jesuita y católica, debemos, ante todo, ser una universidad. Como tal, debemos tener calidad en la docencia, la investigación y la extensión; amor irrestricto a la verdad; independencia y libertad para buscarla y exponerla. Y nuestra institución debe ser juzgada con los mismos parámetros con que han de medirse todas las buenas universidades. Como universidad, se supone que somos una comunidad académica de maestros y estudiantes, incluyendo a todos quienes trabajan en ella. Ante los cambios se hace hoy indispensable que entre todos repensemos ese conjunto que es lo sustantivo de nuestras instituciones.

Constatamos que en la actualidad se han producido deslizamientos en el mundo universitario que merecen nuestra atención: de la comunidad de maestros se pasó a una universidad laboratorio que puede concentrarse en la investigación con descuido de la formación; de un grupo pequeño y elitario se pasó a una masificación y a instituciones muy complejas y de difícil manejo; de la visión de la totalidad de la vida humana ocupada de la verdad, la belleza y el bien, se optó por el conocimiento con una visión cada vez más estrecha y positivista que se orientó, preferentemente, al conocimiento científico de la naturaleza, hasta concentrarse paulatinamente en la creación de nuevas técnicas, aumento de la producción, las patentes industriales y el desarrollo económico. La universidad se hizo así profesionalizante, descuidó el valor educativo y estrechó los horizontes, minusvalorando el saber que humaniza. Se ha llegado a hablar de una excelencia sin alma. Como seguidores de Alberto Hurtado, quisiéramos contribuir a un diálogo que nos recuerde que "una universidad es el cerebro del país", que debe velar por la cultura, en el sentido profundo de la palabra. La Universidad Alberto Hurtado, en conjunto con otras, quisiera ayudar a repensar lo que constituye el ser universitario.

EL ADJETIVO: JESUITA Y CATÓLICO

Adjetivamente, somos una universidad católica y jesuita.

Debe quedar claro que el adjetivo no es menos importante que el sustantivo, pues el adjetivo califica, concretiza y le otorga su especificidad e identidad al sustantivo y al aporte que podemos hacer como universidad.

¿Qué significa hoy, para nosotros, ser una universidad jesuita de inspiración cristiana y, más aún, una universidad católica? La esencia de la catolicidad no está en cumplir las normas de un canon, tampoco en someterse a un tipo de dependencia. La catolicidad de una universidad jesuita no pretende ser un modo de hacer proselitismo o pastoral sacramental, tampoco se centra en la defensa de la Iglesia. Será católica en la medida en que esté orientada por el espíritu cristiano que la anima y le da sentido; será católica cuando en la búsqueda y exposición del saber por su fidelidad tenga presente a la persona y al testimonio de Jesús, que es continuado en el tiempo por su cuerpo, que es la Iglesia.

Para muchos, la confesionalidad está reñida con la idea misma de universidad y por eso se hace tan importante una reflexión actualizada de lo que esa confesionalidad significa. Hay que ubicar esa confesionalidad en el mundo actual para comprender los aportes que ella puede hacer hoy a la cultura.

Los cambios que se han producido en el mundo afectan profundamente la cultura, la vida social y política y a la institución universitaria y, al mismo tiempo, remecen hondamente a la Iglesia y su mensaje. Nunca se había producido un cambio más acelerado y profundo en la historia humana. El avance de la técnica ha cambiado la noción de espacio y de tiempo, y ha roto todas nuestras categorías. Han cambiado también los modos de transmitir esa cultura y los sistemas educativos. Eso nos obliga a profundizar el rol actual de una universidad católica que puede prestar un extraordinario servicio a la humanidad y a la misma Iglesia al dialogar con la cultura moderna. Una revisión de la literatura contemporánea hace tomar conciencia de los conflictos que en-

frenta el ser humano hoy, los desgarrones personales y sociales y el deterioro del planeta. Tales problemas son una pista que nos indican el tipo de aportes que podemos hacer para corregir y humanizar dichas situaciones.

La antropología alemana nos ha hecho comprender la importancia de la cultura, pues, a diferencia de los animales, los seres humanos no somos pura naturaleza. El animal se guía por sus instintos innatos para enfrentar su vida. El ser humano nace, en cierto modo, vacío. Necesita que le regalen un lenguaje que no es innato, necesita valores y una historia que lo ubique en el tiempo, necesita recibir en la educación, modos de relacionarse, ritos y costumbres. Eso es la cultura... un constructo social que nos regala la sociedad para que podamos vivir humanamente. Esa cultura específica nuestra identidad y nuestras relaciones, nos ubica en la vida y en el mundo. Lo más esencial de la educación es transmitir ese regalo social que nos hermana a unos con otros. Cuando hay un cambio cultural, ese regalo que recibimos puede dejar de tener vigencia por eso, hay que revisarlo y reformularlo. En eso, toda universidad juega un rol. Las universidades católicas también han de establecer un diálogo para evaluar, aprender y enriquecer los cambios.

PLURALISMO

Para clarificar el carácter católico y el aporte que una institución católica puede hacer, considero conveniente definir bien lo

que es hoy el pluralismo que nos permite tener identidad e integrarnos en un todo junto a otros, hacer un aporte valioso sin perder nuestra especificidad. Solo comprendiendo el pluralismo que valora la diversidad sin destruir la totalidad, podremos situar y redefinir lo específico del aporte de la catolicidad.

El mundo global nos ha introducido a la multiculturalidad. Vivimos hoy en un mismo espacio diversas tradiciones, diversas creencias y culturas, diferentes grupos étnicos que debemos colaborar y ayudarnos en un progreso común, donde no puede haber exclusiones o injustas diferencias entre hombres y mujeres entre diferentes condiciones sociales y humanas. Hay un pluralismo en la sociedad civil y se encuentra también en la Iglesia. La unidad última de la Iglesia no se asienta principalmente en el monolitismo doctrinal, sino en la calidad del amor fraternal que da un amplio espacio a lo opinable.

El pluralismo no es fruto del silencio y menos de una neutralidad que acalla las identidades específicas. Se hace de respeto. Se trata de convivir civilizadamente valorizando las diferencias. Esto supone poder opinar sin imponer ni descalificar y supone escuchar con respeto para descubrir la dimensión de verdad que todos tienen. Como dice Santo Tomás, nadie está tan equivocado que no tenga algo de verdad.

El pluralismo evita esconder las opiniones en lo privado: muchas opiniones particulares nacidas, por ejemplo, de una visión y una actitud religiosa, pueden ser un enorme aporte a la sociedad civil. Nadie hubiese comprendido que el cardenal Raúl Silva Henríquez se quedase en su capilla rezando por las víctimas de los derechos humanos. Las convicciones religiosas de ese hombre lo llevaron a salir al espacio público para hacer un enorme bien a su sociedad y a la humanidad.

El pluralismo se da a nivel de las personas y también debe darse a nivel de las instituciones como tales, que pueden tener un proyecto específico que identifica el aporte que hacen a la sociedad. De hecho, una universidad es una comunidad, un grupo de personas que comparten un proyecto y que quieren hacer un aporte común en el orden del saber y la educación. Es perfectamente razonable que una universidad tenga un adjetivo que la especifica, clarificando con su particular perspectiva su contribución a la búsqueda de la verdad y al bien común. Sin embargo, este aporte universitario a la sociedad no debe confundirse con la participación en el mercado del cual se espera primariamente recibir beneficios. Una Universidad se abre al espacio público para enriquecer al conjunto con una particular visión, para aportar una mirada que se complementa con otras. Esto es particularmente importante para una universidad católica que está constituida por un conjunto de personas diferentes que, sin ser necesariamente católicas, adhieren y asumen un proyecto común específico para servir a su sociedad. Tomar conciencia de esto es clave para pensar también el pluralismo de los agentes a nivel personal. Esos agentes deben tener el derecho a una genuina libertad para pensar, discutir, enseñar

y expresarse, pero supone que, si libremente participan en un proyecto común, deben tener la responsabilidad de conocer y ser consecuentes con dicho proyecto común. Una institución no puede ser arbitraria en sus decisiones, pero tiene el derecho a proponer objetivos y procedimientos que deben ser observados para la marcha del bien común institucional, sobre todo cuando se trata de educar a estudiantes que han elegido ese proyecto valorando su orientación. Esto no resulta fácil de entender cuando hay visiones más individualistas referentes al ejercicio de la libertad sin compromisos. La verdadera libertad no excluye en compromiso formal con un determinado proyecto.

El pluralismo bien entendido tiene enorme significación para el modo de entender a la universidad y a un Estado moderno. El pluralismo excluye las exclusiones, las imposiciones injustas. Antiguamente se pensaba que la universidad era el lugar del pluralismo... hoy hay que decir que ese lugar es el conjunto de la sociedad porque ninguna institución por muy amplia que sea puede pretender albergar en su seno toda la diversidad de una sociedad moderna. La universidad contribuye a la convivencia civilizada de esa diversidad que está esparcida... Un Estado moderno debe enriquecerse con las diferencias y crear las condiciones para que esas diferencias convivan de modo civilizado. Ese es su rol principal. Si Chile hubiese tenido una visión pluralista en el siglo XIX, diferente sería la situación de nuestros hermanos mapuches, cuya cultura fue aplastada en virtud de una errónea concepción de la unidad y del Estado. Desgraciadamente subsisten todavía resabios de esa visión decimonónica del estado. Todos pueden enriquecerse mutuamente y aportar al conjunto. Los doctos deberían atender la visión de los más humildes, quienes pueden aportar también la sabiduría de su experiencia humana, de su dolor.

UNIVERSIDAD CATÓLICA Y EL TESTIMONIO DE JESÚS

Una universidad católica, si es universidad, debe contribuir al avance de las ciencias, siguiendo los métodos propios de la ciencia. Pero hay un *plus* específico. Una universidad católica, si cumple bien su función, puede hacer un aporte señero a su sociedad haciendo dialogar la cultura moderna con el mensaje y el testimonio Jesús de Nazaret, que significó un avance inconmensurable a la humanidad. El catolicismo tiene su razón de ser en un encuentro con Jesús. La esencia de la fe no es una doctrina, una teoría ni un saber, es el encuentro con un hombre cuyo testimonio puede dar una nueva perspectiva para entender la vida, darle sentido y ampliar la visión del mundo. Ese encuentro y esa perspectiva se pueden compartir con otros. Por ejemplo, al anunciar el Señor, a un Dios padre de todos, nos ayudó a comprender y fundamentar la "UNIVERSALIDAD" esencial a la moderna globalización, porque esa paternidad es universal y permite superar las diferencias, generar igualdad y fraternidad fundando sólidamente la dignidad de todos. Tarea

de una universidad católica es dar razón de esa fe, mostrar su consistencia para enfrentar la realidad actual.

Como la mayoría de las religiones, el judaísmo en tiempos de Jesús tendió a encerrar a Dios en el templo, a privilegiar un cuerpo sacerdotal, a separar los buenos de los malos, poniendo división entre lo sagrado y lo profano. Jesús escandalizó a sus contemporáneos al comenzar su ministerio no en un templo en un acto religioso, sino en una fiesta de bodas, y su primer milagro no fue aguar el vino de la fiesta. Por el contrario, él puso el mejor vino, cosa que escandalizaría a más de algún moralizante. Sin duda, era una nueva religión. Uno de sus primeros contactos fue con una mujer samaritana. Por su condición de mujer, de samaritana, es decir, de una persona religiosamente errada para un judío de entonces, y para colmo con una vida privada que no era ejemplar luego de cinco matrimonios, no parecía ser la más adecuada para empezar el ministerio mesiánico. Jesús la eligió a ella, y fue a ella a quien —antes que a otros— le reveló su misión mesiánica y le dijo que llegaba un tiempo donde no se adoraría a Dios en un templo, sino en espíritu y en verdad. Nosotros, seguramente, no la habríamos elegido. Jesús quebró las visiones estrechas. No es extraño que los evangelios digan, cuando Jesús muere, que se rasgó el velo del templo: Dios ya no estaría más encerrado en un templo que excluía a los extranjeros, a los pecadores, a las mujeres y que impedía al propio Jesús llegar hasta el Sancta Sanctorum, el lugar sagrado. Tarea de la Universidad es contribuir a rasgar el velo del templo que segrega a los humanos y arrinconar a Dios.

Jesús, además, como nadie en la antigüedad enseñó a respetar la conciencia y la libertad, a interpretar la ley en función del hombre, porque “el hombre no había sido creado para el sábado, sino el sábado para el hombre”. Con un profundo sentido social privilegió a los pobres y se identificó con ellos. Puso como centro del mensaje al hombre, y la misericordia fue la medida del bien actuar. Nadie podría entender la declaración moderna de los derechos humanos sin el aporte esencial de Jesús. Sin embargo, a diferencia de lo que hoy ocurre, él supo equilibrar los derechos con las responsabilidades. Nos hizo responsables de los otros, del que tiene hambre, del preso, del migrante. Nos recordó que el poder se ejerce en el servicio, que la autoridad debe saber colocarse en el último lugar. Todo ese mensaje es enormemente relevante hoy cuando sólo hablamos de derechos.

La universidad puede contribuir a la humanidad dando fundamentos a una auténtica globalización. Puede ayudar a la misma Iglesia a abrir sus puertas, porque, a lo largo de la historia, ella ha podido ir encerrando a Jesús en el templo, moralizando su testimonio, haciendo primar la ley sobre la conciencia. Contribuir a mantener vivo el mensaje de Jesús, haciéndolo inteli-

gible para el hombre de hoy, y en diálogo con la cultura es una misión de la universidad y un enorme servicio.

Existe siempre el peligro de encerrarse en una sola expresión cultural, creer que esa es la única, que esa forma cultural es sagrada, cortando así los lazos con el presente. La cultura de una época puede convertirse en un ídolo, ocultar el mensaje y dejarnos detenidos en el tiempo. Una universidad ayuda con mirada lúcida a una auténtica renovación y al progreso de la tradición.

A lo largo de los siglos, aquellos que han tenido un encuentro personal con Jesús han querido dar razón dialogando con su tiempo y explicando por qué consideraban razonable seguir a ese maestro. Hoy nos encontramos con un imperativo impresionante de relectura en que tenemos que tener, por una parte, fidelidad total al mensaje original y asumir aquello que la Iglesia ha ido comprendiendo en diferentes circunstancias. Eso constituye la tradición. La universidad católica ciertamente presta ese servicio a la Iglesia. Le permite ser fiel dialogando y aprendiendo del mundo moderno.

En el siglo XIX, ante los ataques del racionalismo y de un anticlericalismo fuerte, la Iglesia cerró filas, se definió como sociedad perfecta, puso un adentro y un afuera... El Concilio Vaticano II, fiel a la enseñanza de Jesús y sensible a la globalización naciente, recordó la catolicidad, la universalidad, rompió el cerco, pues insistió en que Dios era Dios de todos, que la verdad no estaba encerrada dentro de los muros eclesiales, que había semillas de esa verdad ahí a donde había búsquedas honestas, que había que saber discernir en los signos de los tiempos la presencia multiforme del Espíritu. Hoy podemos decir, como lo hizo Paulo VI: Todo hombre es mi hermano... porque aun el más alejado es hijo de Dios y comparte nuestra humanidad y destino.

Una universidad católica debe proponerse estar inserta en Chile y dialogar con todos para establecer relaciones fraternales y justas. Está en el origen y esencia de la catolicidad romper barreras, integrar, suprimir diferencias. Desgraciadamente, como institución humana, desde la Iglesia, a lo largo de los siglos fuimos reconstruyendo encierros y exclusiones. Hoy nos cuesta comprender que nosotros -en teoría, seguidores de Jesús- hayamos creado la inquisición, organizado cruzadas y estados confesionales monolíticos cuando Jesús nos invitaba a ir a los confines del mundo abriendo camino para todos. Una universidad católica puede ayudar a purificar una tradición que ha podido alejarse con la mejor intención del mensaje y el ejemplo del maestro. Para eso hace falta una genuina autonomía, libertad, honestidad y auténtica fidelidad a lo esencial.

Debemos trabajar para que el sustantivo “universidad” sea cada día más sólido y el adjetivo “católica” nos haga cada vez más lúcidos para contribuir humildemente a un uso humanizante de la razón y una Iglesia más servidora. **MSJ**

Como seguidores de Alberto Hurtado, quisiéramos contribuir a un diálogo que nos recuerde que “una universidad es el cerebro del país” que debe velar por la cultura en el sentido profundo de la palabra.

La unidad última de la Iglesia no se asienta principalmente en el monolitismo doctrinal, sino en la calidad del amor fraternal que da un amplio espacio a lo opinable.

La universidad puede contribuir a la humanidad dando fundamentos a una auténtica globalización. Puede ayudar a la misma Iglesia a abrir sus puertas, porque a lo largo de la historia ella ha podido ir encerrando a Jesús en el templo, moralizando su testimonio, haciendo primar la ley sobre la conciencia.

